

TIMOTHY SNYDER

Sobre la tiranía. Veinte lecciones que aprender del siglo XX. Galaxia Gutenberg, 2017. (Traducció: Alejandro Pradera)

En la tragedia de Shakespeare, *Hamlet*, el protagonista es un hombre virtuoso que se indigna con razón ante el abrupto ascenso de un gobernante malvado. Hamlet, atormentado por visiones, desbordado por las pesadillas, solo y marginado, siente que tiene que reconstruir su sentido del tiempo. «Los tiempos están dislocados —dice Hamlet—. ¡En mala hora nací para poder deshacer estos yerros!» No cabe duda de que nuestro tiempo está dislocado. Hemos olvidado la historia por una razón y, si no tenemos cuidado, la desatenderemos por otra. Tendremos que restablecer nuestro sentido del tiempo si queremos renovar nuestro compromiso con la libertad.

Hasta hace poco, nos habíamos convencido a nosotros mismos de que en el futuro no habría sino más de lo mismo. Los traumas aparentemente lejanos del fascismo, el nazismo y el comunismo parecían estar retrocediendo hasta volverse insignificantes. Nos permitimos el lujo de aceptar la *política de la inevitabilidad*, la sensación de que la historia solo podía avanzar en una dirección: hacia la democracia liberal. En 1989-1991, cuando tocó a su fin el comunismo en Europa oriental, nos tragamos el mito de un «final de la historia». Al hacerlo, bajamos las defensas, limitamos nuestra imaginación, y dejamos la puerta abierta justamente al tipo de regímenes que nos decíamos que no podrían volver jamás.

Y, por cierto, la política de la inevitabilidad parece a primera vista una especie de historia. Los políticos de lo inevitable no niegan que existe un pasado, un presente y un futuro. Incluso admiten la vistosa variedad del pasado lejano. Sin embargo, pintan el presente simplemente como un paso hacia un futuro que ya conocemos, un futuro de expansión de la globalización, de profundización de la razón y de una prosperidad cada vez mayor. Es lo que se denomina una teleología: una narración del tiempo que conduce a una meta cierta y a menudo deseable. El comunismo también ofrecía una teleología, ya que prometía una utopía socialista inevitable. Cuando esa historia quedó hecha añicos hace

veinticinco años, nosotros sacamos una conclusión equivocada. En vez de rechazar las teleologías, nos imaginamos que nuestro propio cuento era verdad.

La política de la inevitabilidad es un coma intelectual autoinducido. Mientras existió una pugna entre los sistemas comunista y capitalista, y mientras siguió vivo el recuerdo del fascismo y el nazismo, tuvimos que prestar algo de atención a la historia y conservar los conceptos que nos permitían imaginar futuros alternativos. Sin embargo, una vez que aceptamos la política de la inevitabilidad, dimos por supuesto que la historia ya no era relevante. Si todo lo ocurrido en el pasado se rige por una tendencia conocida, no hay ninguna necesidad de enterarse de los detalles.

La aceptación de la inevitabilidad provocó que al hablar de política en el siglo XXI nuestro lenguaje se apartara de la realidad. Ahogaba el debate sobre las políticas y tendía a generar sistemas de partido donde un partido político defendía el *statu quo* mientras que otro planteaba una negación total. Aprendimos a decir que «no había alternativa» al orden básico de las cosas, una sensibilidad que el teórico político lituano Leonidas Donskis calificaba de «maldad líquida». Una vez que se dio por sentada la inevitabilidad, efectivamente la crítica resultaba complicada. Lo que parecía ser un análisis crítico a menudo suponía que en realidad el *statu quo* no podía cambiar, y por consiguiente, de forma indirecta, lo reafirmaba.

Algunos hablaban críticamente de *neoliberalismo*, la sensación de que la idea del libre mercado de alguna manera había desplazado a todas las demás. Eso era bastante cierto, pero el mismo uso de la palabra muchas veces equivalía a rendir pleitesía a una hegemonía inmutable. Otros críticos hablaban de la necesidad de algún tipo de *disrupción*, tomando prestado un término del análisis de las innovaciones tecnológicas. Cuando se aplica a la política, una vez más adquiere la connotación de que en realidad nada puede cambiar, que el caos que nos entusiasma acabará siendo absorbido por un sistema autorregulado. El hombre que corre desnudo en medio de un campo de fútbol indudablemente perturba, pero no modifica las reglas del juego. El concepto mismo de *disrupción* es adolescente: presupone que después de que los jóvenes lo dejen todo hecho un asco, llegarán los adultos y lo limpiarán. Pero aquí no hay adultos. Este desorden es nuestro.

La segunda modalidad antihistórica de considerar el pasado es la *política de la eternidad*. Al igual que la política de la inevitabilidad, la política de la eternidad lleva a cabo una mascarada de la historia, aunque diferente. Se ocupa del pasado, pero ensimismadamente, libre de cualquier preocupación real por los hechos. Su actitud es de añoranza de unos momentos pasados que realmente nunca existieron, durante unas épocas que, a decir verdad, fueron desastrosas. Los políticos de la eternidad nos presentan el pasado como un enorme patio brumoso, repleto de monumentos ilegibles a la condición de víctima de la nación, todos ellos igualmente distantes del presente, todos ellos igualmente susceptibles de manipulación. Cualquier referencia al pasado parece implicar un ataque de algún enemigo exterior contra la pureza de la nación.

Los populistas nacionales son políticos de la eternidad. Su punto de referencia favorito es la época en que las repúblicas democráticas parecían derrotadas y sus rivales nazi y soviético imparables: la década de 1930. Quienes abogaban por el Brexit, por la salida del Reino Unido de la Unión Europea, imaginaban un Estado-nación británico, y después hubo una Gran Bretaña que formaba parte de la Unión Europea. La decisión de separarse de la Unión Europea no es un paso atrás para volver a un terreno firme, sino un salto a lo desconocido. Curiosamente, cuando los jueces dijeron que era precisa una votación en el Parlamento para dar validez al Brexit, un periódico sensacionalista británico los calificó de «enemigos del pueblo» una expresión estalinista de la época de los juicios farsa de los años treinta. En Francia, el Frente Nacional insta a los votantes a decir no a Europa en nombre de un imaginario Estado-nación francés anterior a la guerra. Pero Francia, al igual que la Gran Bretaña, nunca ha existido sin un imperio o sin un proyecto europeo. Y también los líderes de Rusia, de Polonia y de Hungría hacen gestos parecidos hacia una imagen gloriosa de la década de 1930.

En su campaña de 2016, el presidente estadounidense utilizó el eslogan «América primero», que es el nombre de un comité que pretendía impedir que Estados Unidos se enfrentara a la Alemania nazi. El asesor estratégico del presidente promete unas políticas que serán «igual de apasionantes que en los años treinta». ¿A qué momento se refiere el «de nuevo» del eslogan del presidente «Hagamos América grande de nuevo»? Una pista: es el mismo momento al que se refiere el «más» de «Nunca más».

El propio presidente ha hablado de un cambio de régimen al estilo de la década de 1930 como solución a los problemas del presente: «¿Sabéis cómo se resuelve esto? Cuando la economía se hunda, cuando el país se vaya a la mierda más absoluta y todo sea un desastre». Lo que necesitamos, a su juicio, son «disturbios para volver a donde estábamos cuando éramos grandes».

En la política de la eternidad, la seducción de un pasado mitificado nos impide pensar en posibles futuros. La costumbre de hacer hincapié en la condición de víctimas embota el impulso de autocorrección. Dado que la nación se define por sus virtudes intrínsecas y no por su potencial de futuro, la política acaba convirtiéndose en una discusión sobre el bien y el mal en vez de en un debate sobre las posibles soluciones a los problemas reales. Dado que la crisis es permanente, la sensación de emergencia siempre está presente; hacer planes para el futuro parece imposible, y hasta desleal. ¿Cómo podemos siquiera hablar de reformas cuando el enemigo está permanentemente a las puertas?

Si la política de la inevitabilidad es como un coma, la política de la eternidad es como la hipnosis: nos quedamos mirando a la espiral del mito cíclico mientras da vueltas y vueltas hasta que caemos en trance —y entonces hacemos algo espeluznante porque alguien nos lo ordena.

El peligro al que nos enfrentamos ahora es el de una transición de la política de la inevitabilidad a la política de la eternidad, desde una república democrática ingenua y con imperfecciones a una especie de oligarquía fascista confusa y cínica. La política de la inevitabilidad es tremendamente vulnerable al tipo de shock que acaba de encajar. Cuando algo hace añicos el mito, cuando nuestro tiempo se disloca, nos lanzamos a buscar alguna otra forma de organizar lo que experimentamos. El camino de la mínima resistencia conduce directamente de la inevitabilidad a la eternidad. Si alguna vez creíste que al final todo sale bien, también va a ser fácil convencerte de que al final nada sale bien. Si antes no hacías nada porque pensabas que el progreso es inevitable, ahora puedes seguir sin hacer nada porque piensas que el tiempo avanza en ciclos repetitivos.

Ambas posturas, la inevitabilidad y la eternidad, son antihistóricas. Lo único que las diferencia es la propia historia. La historia nos permite observar pautas y sacar conclusiones. Nos esboza las estructuras en cuyo seno podemos encontrar libertad. Pone de manifiesto una serie de momentos, cada uno de ellos diferente, ninguno de ellos enteramente irrepetible. Comprender un momento equivale a ver la posibilidad de participar en la creación de otro. La historia nos permite ser responsables: no de todo, pero sí de algo. El poeta polaco Czeslaw Milosz pensaba que ese concepto de responsabilidad obra en contra de la soledad y la indiferencia. La historia nos brinda la compañía de quienes han hecho y han sufrido más que nosotros.

Al aceptar la política de la inevitabilidad, hemos criado a una generación sin historia. ¿Cómo reaccionarán esos jóvenes ahora que la promesa de inevitabilidad se ha roto de una forma tan flagrante? Puede que se deslicen desde la inevitabilidad hacia la eternidad. Cabe esperar que sean capaces, por el contrario, de convertirse en una generación histórica, que rechace las trampas de la inevitabilidad y la eternidad que les han tendido las generaciones anteriores. Una cosa es cierta: si los jóvenes no empiezan a hacer historia, los políticos de la eternidad y la inevitabilidad la destruirán. Y para hacer historia, los jóvenes tendrán que saber algo de ella. Esto no es el final, sino un comienzo.

«Los tiempos están dislocados. ¡En mala hora nací para poder deshacer estos yerros!», se lamenta Hamlet. Pero termina diciendo: «No, venid, vámonos juntos».